



## ACASO UN POEMA DE LA DESERCIÓN

Jerman Duque  
Semestre IV  
Cat - Cali

“Del otro lado del jardín” de Carlos Framb es un largo poema sobre ¿la muerte?, o ¿el suicidio?, o mejor, sobre ¿el amor?

Llegué a sus páginas lleno de curiosidad —un hijo que ayuda a morir a su madre— me acerqué con un par de prejuicios vibrándome en la conciencia, pues ayudar a morir a mi madre es algo que no había pensado, y eso contando todo el amor que siento por ella, mi afinidad por la muerte asistida, la curiosidad que suelen producirme las personas que deciden marcharse por su cuenta.

Quise llevar un diario mientras hacía la lectura del libro, pero dos cosas no me permitieron hacerlo. Una, lo leí en dos sentadas fugaces, y la otra, lo leí junto a mi madre.

Había venido ella con mi viejo para ver a sus tres hijos, cambiarle el color a las cortinas y rebuscarse alguna manera de complacernos. Como si no les bastara el habernos dado la vida. Mi padre y mis

hermanos se apoltronaron en frente del televisor para ver al equipo que les revuelve las entrañas, el deportivo Cali. Yo me fui para la habitación y tomé el libro, leí la introducción en voz alta y ella se acercó. Se sentó a mi lado, recostó su cabeza sobre mi hombro, y como muchas veces le platicué sobre la lectura. No había leído nada aun, pero traía calientes las explicaciones del profe Silgado, entonces le dije de qué se trataba, sin filtrarlo porque así hablo con ella. Mamá se quedó un momento en silencio, supongo que intentaba digerirlo. Sé que le asusta la muerte, que pensó en su madre y en ella misma, pero no se escandalizó. Algo que siempre ha hecho que la admire, más que nada porque tanto la familia como el pueblo del que proviene son incondicionalmente católicos, su formación ha sido conservadora y no pudo cursar más que el quinto de primaria.

“Lea que yo le pongo atención” me dijo. Y comencé de nuevo. Le divertían las descripciones y las anécdotas que Carlos contaba sobre su madre. Yo me reía con ella y un par de veces me detuve para escucharle los recuerdos que la lectura le iba refrescando. Cuando el narrador hablaba sobre la vejez, levanté la mirada una o dos veces para verla. Su mirada se había tornado nostálgica y algunos recuerdos se fueron mezclando con las palabras y con mi voz. Recuerdo que pensé mucho en mi abuela extinta, en la casona descomunal en que creció, en el Alzheimer que la fue reduciendo hasta que dejó de ser ella. Primero dejó de vestirse para salir a la calle, se ponía a untarse betún en lugar de maquillaje para ir hasta la iglesia, a bailar sobre el balcón sin nada que le cubriera el vientre que se estiró diez y seis veces, hasta que las palabras se le fueron olvidando, y luego las funciones más básicas de su cuerpo y poco después olvidó a mi madre. Ella había ido a visitarla como todos los años. Tocó la puerta de la casa de uno de sus muchos hermanos y corrió a buscarla. La encontró en la habitación y sobre la cama de la que no se levantó de nuevo mientras estuvo viva. La abuela no se inmutó al verla, todo lo que hizo fue preguntarle: “¿usted quien es,

por qué me dice mamá?” Pocas frases le habrá dolido tanto escuchar a lo largo de su vida. No solo porque la hubiese guardado en algún rincón insalvable de su memoria, sino porque la mujer que había sido su madre nunca pudo despedirse, ni mi vieja de ella. Ese día la lloró como si hubiese muerto. Y creo que así fue, porque desde entonces se refería a la abuela como si hablara de una niña.

Una de las cosas que el libro de Carlos Framb más removió fueron mis convicciones. Sé que amo a mi vieja, pero me preguntaba seguido ¿Sera que la amo lo suficiente como para ayudarla a morir? ¿Estaría ella de acuerdo con eso? Aunque en ningún momento reprobó el suicidio de la señora Luzmila o la asistencia de su hijo, estoy seguro que preferiría evitar una salida como esa. Y lo sé porque en los últimos años le pedía a dios que le dejara tener a su madre un añito más y así hasta que su dios no le concedió otro y se la llevó en el que bien podría ser el peor de los momentos. Pues ese mismo 2015, seis meses atrás, se habían suicidado dos de sus hermanos, con un espacio de diez días efímeros. Así que el suicidio no es algo ajeno ni para ella, ni para la familia como suelen serlo la mayoría de las tragedias, pues tendemos a creer que las cosas que pasan tienen que ver exclusivamente con los demás.

Sé que yo soy el hijo por el que mi madre menos se preocupa. Pues supongo que ha visto en mi comportamiento lo suficiente como para confiar. Desde que tenía quince años me permitió dormir fuera de la casa, hacer viajes con mis amigos, beber... Ha apoyado mis numerosos proyectos sin cuestionarlos, y nunca ha hecho una crítica sobre el existencialismo en el que milito hace varios años. Lo único que me dijo al respecto fue “Todos tenemos un alma que salvar, es deber de cada uno intentar salvar la suya” pero lo dijo una sola vez, sin un atisbo de reproche o señalamiento. Pese a eso, siempre me persigna, y me nombra durante sus oraciones. He intentado, desde muy joven, lucir seguro frente a ella. Es una mujer nostálgica que se deprime seguido

(una herencia de su familia). Trato de hacer comentarios positivos sobre el futuro, aunque no le escondo mi desagrado hacia muchas cosas, y lo hago porque he visto como mi actitud y mis maneras le ayudan a estar tranquila, a encontrar un poco de paz —Si supiera de la ansiedad con que me acuesto casi todas las noches—.

“Del otro lado del jardín” me permitió estar y sentirme un poco más cerca de mi vieja. Y es algo extraño porque parece más una apología al suicidio que un testimonio sobre la vida con su madre. Pero está claro que las situaciones que nos descubren y nos ponen entre dicho suelen acercarnos a ciertas cosas, o mejor, permitirnos contemplarlas sin toda la distorsión de la cotidianidad, que es la vida, pero en ocasiones es lo que menos se parece a ella. Un hombre ayudo a morir a su madre por amor y yo leía esa historia a la mía. Descubrimos juntos algo nuevo, algo que bien pudimos calificar como conmovedor o desfasado, pero no caímos en eso, preferimos el silencio. Preferimos que aquella sensación extraña se acomodara en alguna parte y se fuera diluyendo con nosotros mismos supongo. Leímos el libro durante una noche y una mañana, pero el eco de esa lectura se fue instalando sutilmente en el lugar de las preguntas que se formulan en silencio, es decir, durante la noche.

La lectura llega a zonas sensibles porque está compuesto de materia vital. Y Creo que no ha existido un ser humano al cual, la sensación de saberse casual no le haya removido las tripas. La muerte representa muchas cosas, pero sobre todo representa muy bien la incertidumbre. No me considero alguien excepcional y lo más seguro es que el olvido se apodere de mi como el día se adueña de la noche, y lo admito, me produce ansiedad pensar en ella, o en él, o en eso. En el borronazo definitivo.

La obra tiene esa cualidad que tienen los libros que se instalan en la memoria. Primero impresionan, luego conmueven y finalmente

invitan a reflexionar. Y no porque entre sus páginas aparezcan soluciones imprevistas, ni más faltaba. Con excepción de un par de buenas ideas para morir sin demasiado escándalo. Sino porque es posible redescubrir en ella, que en verdad somos frágiles y pasajeros, que la vida es algo más que levantarse a las ocho y preparar el café para empezar el día. La vida es también la muerte y la enfermedad, el deseo de partir, y la inquietud. Existe un verso de Octavio Paz que reza: “El olvidado asombro de estar vivos” Y se me ocurre preguntar por el número de veces que a razón de no sorprenderme por despertar o seguir viendo, me he levantado sintiéndome desdichado porque he tenido que ser el mismo otra vez, y cargar con el sinnúmero de implicaciones que esto acarrea. No pretendo caer en la presunción positivista de levantarme y ver por la ventana para agradecerle a la vida por otra oportunidad, pero sí trataré de no dar por sentado aquello que requiere de tantos y tan innumerables fenómenos para que suceda.

